

Por qué no vuelvo a la India

POR H. P. BLAVATSKY

A MIS HERMANOS DE ARYÀVARTA:

En Abril de 1890 habían transcurrido cinco años desde que me marché de la India.

Muchos de mis hermanos hindús me han mostrado mucha bondad en varias ocasiones desde que me marché. Especialmente este año (1890), en que enferma casi de muerte, he recibido cartas de simpatía de varias Ramas indias, que me aseguran que no olvidan a aquella para quien la India y los hindús han sido mucho más estimados que su propio país.

Es por lo tanto un deber mío el explicar por qué no vuelvo a la India y mi actitud hacia la nueva hoja del libro de la historia de

la S. T. que se ha empezado al encargarme formalmente de dirigir el movimiento teosófico en Europa. Porque no es únicamente por causa de mala salud por lo que no vuelvo a la India. Aquellos que me han salvado de la muerte en Adyar, y dos veces desde entonces, podrían finalmente conservarme la vida allí, como lo hacen aquí. Hay una razón mucho más importante. Aquí se me ha trazado una línea de conducta, y he encontrado entre los ingleses y americanos lo que he buscado en vano en la India.

En Europa y en América, durante los últimos tres años, he encontrado centenares de hombres y mujeres que tienen el valor de confesar su convicción en la existencia real de los Maestros, y que trabajan por la Teosofía en el sendero trazado por aquellos, y bajo su guía, dada por medio de mi humilde persona.

En la India, por otro lado, desde el momento de mi partida, el verdadero espíritu de devoción a los Maestros y el valor de confesarlo, se han ido desvaneciendo constantemente. En el mismo Adyar, han aumentado la deserción y las luchas entre las personalidades; varios miembros de los del Consejo han mostrado hacia mí una animosidad extemporánea y completamente inmerecida. Parece haber habido algo extraño e imprudente en Adyar, durante estos últimos años. En cuanto un europeo, de los más devotos a la causa, de los de mayores inclinaciones teosóficas, pone el pié en la Sede Central (hasta si se trata de un amigo personal mío o del Presidente), se convierte en el acto en un enemigo personal de uno u otro de nosotros: y, lo que es peor, termina por dañar y desertar la Causa.

Entiéndase desde luego, que no acuso a nadie. Conociendo como conozco la actividad de las fuerzas del Kali Yuga, en obra para impedir y destruir el movimiento teosófico, yo no considero a los que, uno tras otro, se han convertido en enemigos míos, (sin falta por mi parte), como los consideraría, si fuera de otro modo.

Uno de los principales factores en el despertar del Aryavarta, que ha formado parte de la obra de la Sociedad Teosófica, era el ideal de los Maestros. Pero debido a falta de juício, discreción y discernimiento, y a las libertades que se han tomado por Sus nombres y *Personalidades,* se ha producido un concepto equivocado sobre Ellos. Bajo el más solemne juramento y promesa, me había

yo comprometido a no revelar nunca toda la verdad a nadie, excepto a aquellos que, como Damodar, habían sido finalmente seleccionados y llamados por Ellos. Todo lo que yo podía revelar, era que existen en alguna parte tales grandes hombres; que algunos de Ellos eran hindús; que estaban instruídos, como nadie más, en toda la antigua sabiduría de Gupta Vidyâ, y habían adquirido todos los Siddhis, no como estos se representan en la tradición y en los «velos» de las antiguas escrituras, sino como son de hecho y en verdad; y también que yo era un chela de uno de Ellos. Sin embargo, en la imaginación de algunos hindús se forjaron las más extravagantes y ridículas fantasías sobre Ellos. Se les llamaba los «Mahatmas» y algunos amigos demasiado entusiastas, los empequeñecían con sus extrañas fantásticas descripciones. Nuestros adversarios, describiendo a un Mahatma como un completo Jîvanmukta, insistían en que, como tal, debe El estar privado de todo género de comunicaciones con personas vivientes en el mundo. Sostenían ellos también que como estamos en el Kali Yuga, era imposible que hubiese Mahatmas de ninguna clase en nuestra época.

No obstante estas primitivas erróneas ideas, la de la existencia de los Maestros y la creencia en Ellos, ha traído ya sus buenos frutos a la India. El principal deseo de Ellos consistía en conservar el verdadero espíritu religioso y filosófico de la India antigua; defender la antigua Sabiduría contenida en sus Darshanas y Upanishads, contra los asaltos sistemáticos de los misioneros; y finalmente, despertar la ética durmiente y el espíritu patriótico en los jóvenes en que había casi desaparecido, debido a la educación de los colegios. Mucho de esto se ha llevado a cabo por medio de la Sociedad Teosófica, a pesar de todas sus equivocaciones e imperfecciones.

Si no hubiese sido por la Teosofía, ¿hubiera tenido la India su Tukaram Tatya haciendo la inapreciable obra que él hace, y que nadie en la India pensó nunca en hacer antes de él? Sín la Sociedad Teosófica, ¿habría nunca pensado la India en arrancar de manos de los orientalistas eruditos, pero no espirituales, el deber de revivir, traducir y editar los Libros Sagrados de Oriente, de popularizarlos y venderlos a precios mucho más abordables, y al

mismo tiempo en forma más exacta que lo que se ha hecho nunca en Oxford? ¿Habría nuestro respetado y devoto amigo Tukaram Tatya mismo, pensado alguna vez en hacer esto, si no hubiera ingresado en la S. T.? ¿Vuestro mismo Congreso político, hubiera sido una posibilidad sin la S. T.? Lo más importante de todo es que, uno al menos de vosotros, ha obtenido un gran beneficio con ello; y si la Sociedad no hubiera dado a la India más que ese futuro Adepto [Damodar], que ahora tiene el porvenir de llegar a ser un dia un Mahatma, (no obstante el Kali Yuga), eso solo sería una prueba de que no fué en vano fundada la S. T. en Nueva York y transplantada a la India. Finalmente, si alguno de los 300 millones de habitantes de la India puede demostrar, pruebas en mano, que la Teosofía, la S. T.. o mi misma humilde persona, han hecho el más leve mal, sea al país o a algún hindú, que los fundadores han sido culpables de enseñar doctrinas perniciosas o de dar mal consejo, entonces, y solo entonces, se me puede imputar como un crimen el haber presentado el ideal de los Maestros y haber fundado la Sociedad Teosófica.

Siempre, mis buenos y jamás olvidados hermanos hindús, el solo nombre de los Maestros santos, que fué un dia invocado con plegarias pidiendo Sus bendiciones, desde un extremo al otro de la India; Su nombre solo ha operado un poderoso cambio en vuestro país. No es al Coronel Olcott, o a mí a quienes debéis nada, sino verdaderamente a estos nombres, que, hace unos pocos años, hubieran sido una palabra vacía en vuestras bocas.

Así ocurrió que, mientras yo permanecí en Adyar, las cosas iban con bastante suavidad, porque alguno de los Maestros estaba constantemente presente entre nosotros, y su espíritu siempre protegía a la S. T, de verdadero mal. Pero, en 1884, el Coronel Olcott y yo nos ausentamos para visitar Europa, y mientras estábamos fuera «descendió el rayo» de los Padres y los Coulomb. Volví en Noviembre, y caí gravemente enferma. Durante ese tiempo, y en la ausencia del coronel Olcott en Birmania, nuestros enemigos plantaron las semillas de todas las luchas futuras y, permitidme que lo diga desde luego, de desintegración de la Sociedad Teosófica. El que la Sociedad no se hundiese en aquel mismo momento, con la conspiración Patterson-Coulomb-Hodgson y

la pusilaminidad de los principales teósofos, debiera ser una prueba suficiente de como estaba protegida. Vacilantes en su creencia, los pusilámines empezaron a preguntar: «¿Por qué, si los Maestros son genuinos Mahatmas, han permitido que ocurran tales cosas, o por qué no han utilizado sus poderes para destruir este complot o aquella conspiración, o hasta este o aquel hombre o mujer?» Sin embargo, se había explicado innumerables veces, que ningún Adepto del Buen Sendero se mezclará con las justas operaciones de Karma. Ni el más grande de los Yoguis puede desviar la progresión de Karma o detener los resultados naturales de las acciones más que por un corto período, y aun en tal caso, estos resultados sólo se reafirmarán más tarde hasta con una fuerza décuple, pues tal es la ley oculta de Karma y los Nidânas.

Además, ni el mayor de los fenómenos sirve para el progreso real espíritual. Cada uno de nosotros tiene que obtener su Moksha o Nirvana por su propio mérito, no porque un Guru o Deva le ayude a ocultar sus limitaciones. No hay mérito en haber sido creado Deva inmaculado o en ser un Dios; pero hay la eterna felicidad de Moksha que se vislumbra para el hombre que, por sus personales esfuerzos, llega a ser *como un Dios* y una Deidad. La misión de Karma es castigar al culpable, y no el deber de ningún Maestro. Pero los que actúan según Sus enseñanzas y viven la vida de que son Ellos los mejores ejemplos, nunca serán abandonados por Ellos y siempre encontrarán Su benéfica ayuda cuando la necesiten, sea de un modo claro o de un modo invisible. Esto se dirige desde luego a aquellos que aún no han perdido por completo su fe en los Maestros. Los que nunca han creído, o han cesado de creer en Ellos, pueden seguir con sus propias opiniones. Nadie, excepto quizá ellos mismos algún dia, perderá nada con ello.

En cuanto a mí; ¿quién puede acusarme de haber obrado como una impostora? ¿De haber recibido un solo céntimo de nadie? ¿De haber buscado hacer dinero, o hasta de aceptarlo, no obstante haberme sido ofrecidas repetidamente grandes sumas? Los que, a pesar de esto, han decidido pensar de otro modo, tendrán que explicar lo que mis mismos calumniadores del género Padres y Sociedad de Investigaciones Psíquicas no han podido explicar

hasta hoy, a saber, el motivo de tal fraude. Tendrán ellos que explicar por qué, en vez de coger y hacer dinero, he dado yo a la Sociedad todo el dinero que ganaba escribiendo para los periódicos; por qué al mismo tiempo me mataba sobrecargándome de trabajo incesante, año tras año, hasta que me abandonó la salud, de modo que, si no hubiese sido por la repetida ayuda de mi Maestro, hubiese muerto hace mucho tiempo a causa de tan dura y voluntaria labor. En cuanto a la absurda teoría de que yo sea una espía rusa, si aún encuentra crédito en algunas cabezas idiotas, ha desaparecido hace mucho tiempo, en todo caso, de los cerebros oficiales de los anglo-indios.

Sí, volviendo a lo anterior, en aquel crítico momento, los miembros de la Sociedad, y especialmente sus directores de Adyar, hindús y europeos, se hubieran presentado unidos como un solo hombre, firmes en su convicción de la realidad y poder de los Maestros, la Teosofía hubiera salido más triunfante que nunca y ninguno de sus temores se hubiese realizado, por muy finos que hubiesen sido los lazos legales preparados para mí, y cualesquiera que fuesen las equivocaciones y errores de juicio que yo, humilde representante de Ellos, pueda haber hecho en la dirección ejecutiva del asunto.

Pero la lealtad y el valor de los consejeros de Adyar y de los pocos europeos que habían confiado en los Maestros, no estuvieron a la altura de la prueba, cuando ésta se presentó. A pesar de mis protestas, se me apartó de la Sede Central de la S. T. Enferma como yo estaba, casi muriéndome a la verdad, como decían los médicos, sin embargo protesté, y hubiera combatido por la Teosofía en la India hasta mi último suspiro, si hubiese encontrado un apoyo leal. Pero algunos tenían embrollos judiciales, otros con el Gobierno, a la vez que mis mejores amigos creían en las predicciones del doctor y que yo moriría si me quedaba en la India. Por esto se me envió a Europa para reponerme, con la promesa de que volvería pronto a mi amada Aryâvarta.

Me marché, e inmediatamente empezaron a circular intrigas y rumores. Ya al llegar a Nápoles, supe que se decía que estaba yo meditando el crear en Europa «una sociedad rival» y reventar a Adyar (!!!). Me reí de esto. Luego corrió el rumor de que yo

había sido abandonada por mis Maestros, por haberles sido desleal y haber hecho esto o lo otro. Nada de lo que decían tenía la menor verdad o fundamento. Después fuí acusada de ser cuando más, una *medium* alucinada, que había confundido «fantasmas» con Maestros vivientes; mientras otros declaraban que la verdadera H. P. Blavatsky había muerto, (había muerto a causa del uso imprudente del *Kundalini*, y que la forma había sido ocupada para lo sucesívo por un chela Dugpa, que era la H. P. B. presente. Otros también sostenían que yo era una bruja, una hechicera, que por motivos particulares representaba el papel filantrópico y de afición a la India, cuando en realidad de lo que trataba era de inutilizar a todos los que tenían la desgracia de que yo los *psicologizara*. De hecho, los poderes psicológicos que me atribuían mis enemigos, cuando no podían explicar un hecho o un «fenómeno», son tan grandes que sólo ellos habían hecho de mí un notabilísimo Adepto, independientemente de cualesquiera Maestros o Mahatmas. En una palabra, hasta 1886, cuando se publicó la Memoria de la Sociedad de Investigaciones Psiquicas, y esta burbuja de jabón reventó sobre nuestras cabezas, se sucedió una serie de falsas acusaciones, trayéndome cada correo algo nuevo. No nombraré a nadie; no importa quién dijo una cosa y quién la repitió. Una cosa es cierta; excepción hecha del coronel Olcott, todo el mundo parecía desterrar a los Maestros de su pensamiento y de su espíritu en Adyar. Todas las incongruencias posibles se relacionaban con estos santos nombres, y yo era la única rèsponsable de todo acontecimiento desagradable que sucedía, de todo error que se cometía. En una carta recibida de Damodar, en 1886, él me notificaba que la influencia de los Maestros se hacía cada vez más débil en Adyar; que diariamente se los consideraba como menos que «Yoguis de segundo orden»; algunos los negaban totalmente, a la vez que hasta aquellos mismos que creían en Ellos y les habían permanecido fieles, temían hasta pronunciar Sus nombres. Finalmente, él me instaba muy insistentemente, que volviese, diciendo que, evidentemente, los Maestros verían que mi salud no se resentiría por ello. Yo escribí a tal efecto al coronel Olcott, implorándole que me dejase volver, y prometiéndole que viviría en Pondichery si era preciso, si mi presencia no fuera grata en

Adyar. A esto recibí la ridícula respuesta de que en cuanto volviese, sería enviada a las islas Andaman como espía rusa, lo cual desde luego el coronel Olcott después vió que era completamente falto de verdad. La prontitud con que se acogió tan futil pretexto para mantenerme fuera de Adyar, muestra claramente la ingratitud de aquellos a quienes había dado mi vida y mi salud. Aún más; apremiado, según supe, por el Comité ejecutivo, bajo el pretexto, completamente absurdo, de que en caso de mi muerte mis herederos podían pedir una parte de la propiedad de Adyar, el presidente me envió un documento a firmar, por el cual renunciaba formalmente a todo derecho a las propiedades de la Sede Central o hasta a vivir allí sin el permiso del Consejo. Esto, aunque yo había gastado varios miles de rupias de mi dinero particular, y había dedicado mi parte de las ganancias de *The Theosophist,* a la compra de la casa y su mobiliario. Sin embargo, firmé la renuncia sin una palabra de protesta. Vi que no se me necesitaba, y permanecí en Europa a despecho de mi ardiente deseo de volver a la India. ¿Como podía yo dejar de sentir que todos mis trabajos habían sido recompensados con la ingratitud, cuando mis más urgentes deseos de volver eran acogidos con frívolas excusas y respuestas inspiradas por aquellos que me eran hostiles?

El resultado de esto es bien aparente. Sabéis demasiado bien cual es el estado de cosas en la India para que me detenga en los detalles. En una palabra, desde que partí no sólo se ha debilitado la actividad del movimiento, sino que aquellos por quienes tenía el más profundo afecto, considerándolos como una madre lo haría con sus hijos, se han vuelto contra mí, mientras que en Occidente, en cuanto acepté la invitación de venir a Londres, encontré personas que creyeron en la verdad de la gran Causa por la que he luchado, y en mi propia *bona fides,* no obstante la Memoria de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y las malignas sospechas e hipótesis.

Actuando bajo las órdenes del Maestro, comencé un nuevo movimiento en el Occidente en la dirección original; fundé *Lucifer* y la Logia que lleva mi nombre. Reconociendo la espléndida obra hecha en Adyar por el Coronel Olcott y otros para llevar a cabo el segundo objeto de la S. T., esto es, para promover el es-

tudio de la literatura oriental, me determiné a llevar a cabo aquí los otros dos. Todos saben qué éxito se ha alcanzado. Por dos veces se pidió al Coronel Olcott que lo impidiera, y entonces supe que de nuevo se me necesitaba en la India, en todo caso por algunos. Pero la invitación vino demasiado tarde. Ni mi médico me lo permitiría, ni yo puedo, si he de ser leal al juramento de mi vida y a mis votos, vivir ahora en la Sede Central, de la cual los Maestros y su espíritu están virtualmente desterrados. La presencia de Sus retratos no servirá de gran cosa. Ellos son letra muerta. La verdad es que yo no puedo volver a la India de otro modo que como Su fiel agente. Y como, a menos que Ellos aparezcan en medio del Consejo *in propria persona,* (lo cual Ellos no harán ciertamente ahora) ningún consejo mío en cuestiones ocultas parece probable que sea aceptado; como el hecho de mi conexión con los Maestros se duda, y hasta se niega por algunos, y no teniendo derecho a la Sede Central, ¿qué razón puede haber para que yo viva en Adyar?

La cuestión es esta. En mi posición las medidas a medias son peores que ninguna. Hay que creer por completo en mí; o desconfiar *honradamente.* Nadie, ningún teósofo, está obligado a creer, pero es más que inútil que nadie me pida que le ayude, si no cree en mí. Aquí en Europa y en América hay muchos que nunca han titubeado en su devoción a la Teosofía; en consecuencia, la difusión de la Teosofía y de la S. T. en Occidente, durante los últimos tres años, han sido extraordinarias. La principal razón para esto es que fuí apoyada y animada por la devoción de un número siempre creciente de miembros, a la Causa y a Aquellos que le guían, para establecer la Sección Esotérica, en la cual yo puedo enseñar algo de lo que he aprendido a aquellos que tienen confianza en mí, y que prueban esta confianza por su labor desinteresada en pró de la Teosofía y de la S. T. En el porvenir, pues, mi intención es dedicar mi vida y mi energía a la Sección Esotérica, y a la enseñanza de aquellos con cuya confianza cuento. Es inútil que yo emplee el poco tiempo que me queda, para justificarme ante aquellos que no sienten la certidumbre de la existencia de los Maestros, sólo porque, no comprendiéndome, les cuadra bien sospechar de mí.

Permitidme que os diga, desde luego, para evitar error, que mi única razón para aceptar la dirección exotérica de los asuntos en Europa, era la de salvar a los que realmente tienen a la Teosofía en el corazón, y trabajan por ella y por la Sociedad, de ser molestados por aquellos que no sólo no se cuidan de la Teosofía, tal como la trazaron los Maestros, sino que trabajan por completo contra ambas cosas, tratando de rebajar y de oponerse a la influencia de la buena obra realizada, tanto por una abierta negación de la existencia de los Maestros, como por declarada hostilidad hacia mí, y por unir sus fuerzas con los enemigos más implacables de nuestra sociedad.

Medidas a medias, lo repito, ya no son posibles por más tiempo. O yo he afirmado la verdad tal como yo la sé sobre los Maestros y enseño lo que Ellos me han enseñado, o he inventado tanto a Ellos como la Filosofía Esotérica. Entre los esoteristas del grupo interno, hay quienes dicen que si yo he hecho lo último entonces debo yo misma ser un «Maestro». Sea de ello lo que quiera, no hay alternativa en este dilema.

Por consiguiente, el único título que la India pudiera tener sobre mí estará en relación directa con la actividad de los miembros de allí en pró de la Teosofía, y su lealtad hacia los Maestros. No debiérais necesitar mi presencia entre vosotros para convenceros de la verdad de la Teosofía, lo mismo qne vuestros hermanos de América no la necesitan. Una convicción que se desvanece cuando una personalidad determinada está ausente no es convicción de ninguna clase. Sabed, además, que cualquiera prueba y enseñanza ulterior que yo pueda dar, la daré solo a la Sección Eotérica, y esto por la razón siguiente: sus miembros son los únicos a los que tengo el derecho de expulsar por abierta deslealtad a su promesa *(no a mí*, H. P. B., sino a su *Yo superior* y al *aspecto mahâtmico de los Maestros)*, privilegio que no puedo ejercitar con los miembros de la S. T. en general, aunque es el único medio de separar una hoja enferma del cuerpo sano del arbol, salvando así a éste de la infección. Sólo me cuido de aquellos que no pueden ser influídos por cada soplo de calumnia. o cada burla, sospecha o crítica, de donde quiera que ellas emanen.

De aquí en adelante, entiéndase esto claramente, el resto de

mi vida lo dedicaré sólo a los que creen en los Maestros, y desean trabajar por la Teosofía tal como Ellos la entienden, y por la Sociedad Teosófica en las direcciones que Ellos establecieron originalmente.

Por consiguiente, si mis hermanos hindús real y sinceramente desean suscitar la regeneración de la India, si quieren hacer que vuelvan para siempre los dias en que los Maestros, en las edades de la antigua gloria de la India, venian libremente a ellos, guiando y enseñando al pueblo, arrojen de sí todo temor y vacilación y vuelvan una nueva hoja en el libro de la historia del movimiento teosófico. Agrúpense valientemente alrededor del Presidente-Fundador, esté yo en la India o no, así como alrededor de aquellos pocos verdaderos teósofos que han permanecido leales constantemente, y desconfíen de toda calumnia y de los descontentos ambiciosos, tanto de fuera como de dentro de la Sociedad Teosófica.

H. P. Blavatsky.

(Traducido de *The Theosophist* de Enero 1922. por J. Garrido).



CARTAS SOBRE SOCIALISMO

CARTA PRIMERA

Hechos referentes a la igualdad de oportunidades en la vida humana



Quizá uno de los hechos principales que choca a un observador de las condiciones sociales, al viajar por nuestro Planeta, es que la Naturaleza ha ordenado las cosas, haciendo caso omiso de toda igualdad.

La cuestión se presenta por lo tanto de si estas evidentes desigualdades pueden armonizarse con la creencia en un universo ordenado por la sabiduría y el amor. Sólo hay un medio de dar respuesta afirmativa a esta cuestión, y este es el afirmar que nuestra vida no empezó con nuestro nacimiento en este mundo.

¿Dónde está la justicia, por ejemplo, en la teoría de la existencia única, al nacer un niño en el círculo polar ártico, entre una raza atrasada, rodeado por un medio que ofrece poca oportunidad para su cultura o su desarrollo, y al mismo tiempo que venga a la tierra otro niño en una latitud en que las condiciones de la vida sean completamente favorables?

Lo que hace las cosas aún más enigmáticas es la completa diferencia de temperamento y de dotes naturales hasta en aquellos nacidos en el mismo medio.

Es evidentemente inútil buscar siquiera la igualdad de oportunidades en un mundo ordenado así; el hacer que un pollino y un caballo de carrera emprendan la marcha al mismo tiempo, no quiere decir que tengan las mismas oportunidades para ganar el recorrido.

El hecho es que los hombres no nacen iguales y ninguna combinación que el ingenio del hombre pueda inventar dará iguales oportunidades a personas nacidas bajo tan diferentes condiciones.

Para llegar a una comprensión clara del objeto de la naturaleza al colocar al hombre en esta tierra bajo tan variadas condiciones, es necesario seguir los métodos científicos y buscar una teoría que armonice los hechos observados.

La única teoría que explica todos los hechos es la que supone la evolución gradual de la personalidad humana, como una entidad que emprende primeramente la vida en los reinos inferiores de la naturaleza, y gradualmente se eleva hasta que se individualiza como hombre, naciendo por primera vez en una raza primitiva, o quizás en alguno de nuestros tugurios.

En estos medios y usando el primitivo vehículo que le proporcionan el cuerpo y el cerebro con que se le ha provisto, el hombre gana sus primeras experiencias y recibe sus primeras lecciones en los asuntos del progreso humano; y cuando éstas se han dominado por completo, va naciendo en medios algo diferentes, donde otras lecciones estimulan el desarrollo de sus posibilidades. Poco a poco se asciende hasta llegar al punto donde estamos hoy, es decir, a mitad de camino de la evolución, con toda la distancia que distingue al salvaje del hombre civilizado ordinario. Entre el estado actual y el de superhombre que nos espera hay vastas extensiones de perfección y de progreso.

En esta hipótesis no sólo tenemos una explicación de la diversidad de condiciones humanas, sino también una tasa para portarnos con rectitud en la vida. Esta teoría está también de acuerdo con el hecho de que nuestra vida es un llegar a ser, y que lo importante, por consiguiente, no es la acumulación de riqueza material sino el esforzarnos, en las circunstancias en que estamos colo-

cados, y con los dones que ya hemos merecido, en añadir algo a los poderes latentes divinos que el mundo tiene por objeto desenvolver. Si marchamos de frente en esa dirección, realizaremos un verdadero progreso, cualesquiera que sean las condiciones exteriores que nos rodeen en aquel momento.

Si esta teoría es verdadera, (y es la única que armoniza todos los hechos) se sigue que lo importante en la vida no es el engrandecimiento, sino el desarrollo; y que la posición en que una persona ha sido colocada al nacer, tiene por objeto que adquiera ciertas lecciones durante aquella vida particular, que es como un dia de escuela. La naturaleza ha ordenado las cosas de tal manera con sus leyes, que el hombre sigue en aquella posición u otra semejante, hasta que ha aprendido por completo las lecciones que ahí se enseñan, después de lo cual avanza hasta el próximo modelo ideal.

Se sigue de aquí, que en el curso de cada peregrinación del hombre, ha de pasar por todas las clases de la escuela; y que la posición material, intelectual, moral y espiritual en que se encuentre al comienzo de una vida particular, está determinada por el progreso ya conseguido. Porque, según nuestra hipótesis, gozamos cada día de la justa herencia de nuestro pasado; y lo que pensamos y lo que hacemos hoy, está determinando lo que seremos mañana. De modo que el destino de cada uno está en sus manos.

Algunos se han elevado hasta el reino humano en fecha posterior a otros. Algunos han hecho mejor empleo de sus oportunidades, y por lo tanto se encuentran personas en diferentes etapas de la escala evolutiva.

Lo que hace la situación más complicada es que los hombres no despliegan sus posibilidades de la misma manera, pues hay unos que desarrollan un aspecto de su carácter y otros desarrollan otro aspecto. Así vemos que hay personas ricas materialmente, pero pobres espiritualmente, y vice-versa.

Al considerar cuanto se refiere al mejoramiento de las condiciones sociales, me parece que lo primero de todo debemos conocer estas desigualdades y después tratar de descubrir el plan del Universo que nos rodea. Entonces será posible ajustar nuestros proyectos de modo tal que trabajen en armonía con el orden natural. Aquí, como en todas las cosas, la ley del éxito es la posesión de un conocimiento exacto de los datos del problema que tenemos que resolver. Trabajar en la ignorancia conduce al fracaso.

JOSEPH BIBBY

(Traducido por J. GARRIDO)

(Continuará).



DE DIVULGACIÓN TEOSÓFICA

El Sol y el Espíritu.=La vigilia, el reposo y sus crepúsculos

APUNTE

El orden con que se suceden el día y la noche sobre la superficie de nuestro planeta, parecen tener en la vida del hombre una admirable correspondencia, ya que no en vano el Sol es el corazón, el alma entera del sistema planetario.

Cuando despertamos tras un sueño tranquilo, todas nuestras facultades renacen, los últimos recuerdos de la noche se disipan como las brumas de la montaña, cediendo su puesto a las esperanzas del naciente día; el cuerpo está ágil después del descanso, el espíritu, como el pájaro que salta de rama en rama saludando al nuevo sol con sus trinos, deja las regiones de la quimera, tiende sus alas en los horizontes de la vida, recibiendo raudas impresiones de los sentidos que hace poco dormían, y el hombre reanuda sus trabajos habituales, como la Naturaleza entera parece reanudar los suyos, bajo los rayos del gran astro que derrama sobre ella sus inagotables energías mecánicas, físicas y químicas.

El Sol avanza en su carrera y con él las tareas del día; acércase a su ocaso, desaparece luego extendiendo la noche su manto, y la vida de los vegetales, como la de casi todos los seres del reino animal, parece que se aletarga al faltar las excitaciones de la luz.

Los animales nocturnos empiezan entonces las suyas, y de aquellos seres que ha poco se alegraran con la aurora del nuevo día sólo queda en pie el hombre, imágen de la Divinidad, que puede aún alzar su frente a los cielos, para admirar las sublimes tristezas del crepúsculo vespertino y extasiarse luego ante las miriadas de los soles del abismo cerúleo.

También el hombre precisa rendirse al fin a las leyes de la vida, ya que, cual las cantidades variables matemáticas, ha de tener sus máximos y mínimos. La necesidad cada vez más apremiante del reposo le paraliza los nervios, le embota los sentidos y se le impone con fuerza avasalladora.

Pero el alma humana, más admirable en su pequeñez que el astro rutilante del dia, tampoco puede sepultarse en el sueño, ni reaparecer puede sin crepúsculos. A la manera de una revelación misteriosa que le hiciese comprender que no muere como muere el día, su crepúsculo vespertino, que al reposo completo la conduce, nada tiene de triste sino que es tranquilo, cuando ella está tranquila, acompañándole dulces sensaciones de bienestar, tanto mayor cuanto más intensas han sido las fatigas del día.

Cuando el hombre se entrega al descanso no tardan en relajarse todos sus músculos, y esta relajación va interesando a los nervios periféricos, tanto motores como sensitivos, con esa especie de anestesia natural, suave beleño de los poetas. Los párpados se cierran; la obscuridad impone a entrambos nervios ópticos inacción forzosa, pues que cumplieron ya su cometido en la vigilia, como los del olfato y los del gusto; el tacto se desvanece con cierta general voluptuosidad, apenas si vigila un momento más el oído, que por breve tiempo hace la centinela; se recuerda poco, ya no se relaciona, y las impresiones culminantes del día, atesoradas en las profundidades del cerebro, fluyen suaves, casi desvanecidas en sus perfiles, como si la voluntad, que antes las encadenara poco o mucho, empezara a perder su influjo sobre ellas entregándolas después a sí mismas. Incolora e indescriptible neblina embarga todo el sér,....; es un poqulto de humo de la fantasía, que se desvanece la última.....: un instante después el hombre está dormido.

¿Qué es entonces la persona humana? ¿Ha muerto un momento

para la vida, remedando el día acaso no remoto del eterno sueño? Dormidos los sentidos, dormida, al parecer, la mente, con su razón, su memoria, su voluntad y su fantasía; dormido, en fin, todo lo que en el hombre no vegeta y hasta postrada un tanto la vida vegetativa, ¿es el cuerpo una planta cuya savia sanguínea circula en un tronco casi inerte del que ha poco irradiaran supremas energías psíquicas? ¿Es un sér el más bajo en la escala zoológica del que puede decirse que existe y que casi no vive, o es el augusto santuario del alma velado al exterior por la pasajera postración de los sentidos y al exterior por genuinas atonías de las facultades superiores del cuerpo dependientes, o al cuerpo encadenadas?

. . . .

. . . .

Respetemos por el momento esa inacción *sui géneris* en que yace el hombre cuando duerme, verdadera noche de su espíritu, bastante más breve que la noche del día. Siguiendo nuestra general ojeada vemos iniciarse a las pocas horas una reacción en diverso sentido.

Semejante a una nueva creación de los ámbitos misteriosísimos de la nada y del no ser, vagos e inconexos perfiles resurgen ante el alma, a quien siempre encuentra despierta, aunque inactiva. Las facultades psíquicas, que aparecieran en el sueño perdidas y amontonadas en la vigilia, se desdoblan entonces, encontrándose frente a frente el *Yo* y la fantasía; mónada simplicísima el primero, mundo gigante la segunda, donde no tardan en desarrollarse gradualmente escenas tan fictícias como verdaderas resultan a los ojos del espíritu, a quien, faltándole todo lo que en la vida real le caracteriza, nada le falta en los imaginarios argumentos del ensueño que le absorbe y le domina.....

He aquí el crepúsculo matutino del alma, que suele anticiparse a la aurora sonriente del día tiñendo de arreboles los cielos de la fantasía, y difundiéndose por el organismo, cual los rayos del sol material que ya se acerca, tiñe las altas regiones de la atmósfera, esparciendo en la Naturaleza la luz y la alegría.

Como el dia nace al fin de la lucha de esta luz que llega con las tinieblas que huyen, la vida real no tarda en resultar tras las excitaciones generales que engendra esa especie de antagonismo

del Yo con la fantasía que lentamente va interesando a todas las facultades dentro del organismo aún velado a las impresiones exteriores. La barrera, antes infranqueable entre ellas y la realidad objetiva, empieza a quebrantarse por un lado a los embates de las investigaciones motoras, que de dentro afuera determinan las exigencias de la escena fictícia que se desarrolla en los grandes centros nerviosos, y merced por otro al oleaje de impresiones sensitivas que llegan de fuera, ya por el nervio acústico, que se va afectando más y más por los crecientes ruidos, ya mediante los nervios sensitivos del tacto, ya, en fin, por el mismo nervio óptico, a cuya retina llegan furtivos rayos de luz.

El hombre ha despertado: torna a ser el que fuera antes de dormirse, y su conciencia psicológica tremola victoriosa, dominando con la voluntad puesta ya en juego, sobre unos sentidos reconfortados y unas facultades activas.

M. Roso de Luna.



Descubrimiento experimental del alma grupal

por A. F. KNUDSEN



os difíciles estudios habituales en las escuelas de ingeniería, complicados con múltiples interrupciones ocasionadas por el trato social, motivaron el retraso de algunos experimentos psicológicos proyectados con grandes esperanzas durante mis años de enseñanza superior. La oportunidad de llevar mis proyectos a la práctica se presentó en 1892, con ocasión de alcanzar la emancipación de la autoridad paterna. En las presentes líneas se detallan algunos de los experimentos verificados hasta 1896; mis conclusiones fueron esencialmente teosóficas, si bien yo no conocí la Teosofía hasta 1897 en que viajé por la India, oyendo por vez primera explicaciones de sus doctrinas; en aquella ocasión me uní como miembro a la S. T.

La totalidad de los experimentos verificados el primer año la llevé a cabo sobre sujetos humanos, teniendo como punto de vista capital el controlamiento de su vitalidad, juntamente con fines terapéuticos El segundo año me serví para mis experimentos de animales, tanto para investigar sobre la índole de su conciencia como para estudiar la influencia del hombre sobre ella. La falta de lenguaje como medio de relación intelectual redujo tales experiencias sobre animales a términos de extrema simplicidad, guardando, sin embargo, y a pesar de su naturaleza rudimentaria, un evidente paralelismo con análogos experimentos verificados sobre el hombre. El estado de trance completo era realmente de valor casi nulo, por cuanto el sujeto no podía valerse de la palabra; además, ninguno de los métodos de inducción en tal estado hubiese tenido utilidad por la evidente imposibilidad de persuadir al animal, un caballo, por ejemplo, a que mirase a un objeto brillante. ¿Cómo, en efecto, atraer su atención? Tan sólo alguna bestia salvaje que temiera por su vida se decidiera a vigilar el más leve movimiento del experimentador, lográndose así y sólo durante algunos instantes, la atencion concentrada del sujeto. En general, todos los animales temen instintivamente la mirada del hombre, rehuyéndola resueltamente.

Utilicé los procedimientos de técnica hipnótica y el mesmerismo, cuidando de proceder con extrema cautela por temor a las reacciones que pudieran influir sobre el experimentador. La técnica mesmérica aportaba, sin embargo, una mayor variedad de fenómenos interesantes. El magnetismo animal es en extremo grosero y en algunos casos de repercusion sobre el operador, puede, al influir en su aura, ocasionar resultados deplorables en extremo. Yo he permanecido durante varios días en un estado especial de semi-inconsciencia, cual si sólo pudiera pensar en términos de vibración animal.

Habiendo verificado en otro tiempo diversos experimentos de transmisión del pensamiento en diferentes condiciones, tanto de hipnosis parcial como total, apliqué dichos métodos, con gran éxito, a una serie paralela de experimentos sobre animales. Estos requieren procedimientos de hipnosis parcial y control compatibles con la libertad del sujeto, (a quien meramente se impone una

idea sencilla en su mente), los cuales le permiten una plena conciencia de cuanto hace y piensa. Así, a pesar de su inconsciente obediencia a una orden, la ejecutan cual si obrasen espontáneamente y con pleno dominio de su iniciativa. Movido, en apariencia, a impulsos de su propia voluntad, sus actos en nada se diferencian de los otros animales semejantes, sin embargo de estar determinados y dirigidos por la voluntad del operador. En tales ocasiones podría la víctima formularse la pregunta: ¿Por qué hago yo esto? ¿Qué causas han podido obligarme a obrar de manera tan impensada? Un hombre pensaría sin duda que se volvía loco cuando sus actos obedeciesen inconscientes a mandatos desconocidos.

En aquella época administraba yo la hacienda de mi padre, teniendo, por esta circunstancia, una multitud de asuntos bajo mi dirección, y contando con hombres de diversas razas bajo mi mando. Algunos de los sujetos para mis experimentos procedían de mi cuadrilla de vaqueros harsainos y en su mayor parte del grupo, más numeroso, de chinos de los arrozales, y operaba sobre elios durante las horas de su trabajo diario. Pocos, o más probablemente ninguno, sospecharon nunca que estuviesen sometidos a mi influencia; por lo demás, yo nunca les pedía su aquiescencia para someterlos a mi dominio. Tan sólo algunos individuos más evolucionados de entre ellos, lograron eludir la influencia de tales asaltos insensibles a la integridad de su haber fisiológico y psíquico.

Habiendo comprobado para mi propia tranquilidad que los individuos no sometidos a tal influencia estaban libres de toda disminución bien definida de su fuerza psíquica y moral, deduje en consecuencia que tales experimentos, y aun en general todos los que se practican mediante el hipnotismo, eran, sin distinción alguna, de torcida naturaleza, constituyendo de hecho la injuria más grave que a humanas criaturas puede infligirse. No dispongo por ahora de tiempo, sin embargo, para extenderme en consideraciones sobre la degeneración moral de tales sujetos y la reacción consiguiente en el experimentador.

Desechando los métodos de sugestión post-hipnótica, comunicada al sujeto en estado de trance, fuí insensiblemente derivando hacia el extremo opuesto, comenzando una serie de experimentos

sobre transmisión de pensamientos e influencia mental, sin valerme para ellos del más mínimo intento de hipnotización o mesmerización del individuo.

Si reflexionamos sobre la índole de la relación entre el hipnotizado y el operador, comprenderemos la importancia capital que tiene para ella la palabra hablada, mediante la cual unas razones se suceden a otras y se formulan sin tasa pregunta tras pregunta, quedando siempre un amplio campo para nuevas interrogaciones. Esto es causa, sin duda, de difíciles luchas en el terreno de la conciencla moral, suscitadas por la insidiosa y apenas resistible tentación de tales prácticas. Pero cambiad las mencionadas condiciones, decidíos a experimentar sobre individuos que desconozcan vuestro idioma, e inmediatamente os veréis obligados a trocar la palabra por el gesto. El sujeto capaz de hablar en estado de trance, dilata de hecho en gran medída el campo vastísimo de la investigación, merced a los informes que puede suministrar con referencia al plano en que actúa su conciencia, pudiendo, asimísmo, recordar vidas pasadas. Pero, suprimid la palabra y habréis anulado vuestro sistema de experimentación. La charla de los chinos o el relincho de un caballo, ambos prácticamente sin sentido, eran igualmente ininteligibles para mí como el arbol o la piedra.

Acostumbraba yo durante aquellos años a dedicar parte del día, en unión de mis mozos, a las tareas de entrenamiento de potros, que convierten al más indómito y asustadizo de estos animales en el más útil e inteligente servidor del hombre, comprobando con tal motivo la importancia de la voluntad. Este es, pues, realmente, el comienzo de mi relato.

Es costumbre que cada entrenador atienda solamente a un caballo cada vez. Entre estos animales los hay que aprenden más fácilmente que otros, de igual modo que no todos los mozos enseñan con la misma facilidad. Algunos caballos no aprenden nunca, y a estos se les llama *outlanded* según el dicho general; otros hay que son demasiado ladinos para someterse y algunos, por último, tan obtusos que apenas es posible impresionarlos.

En otros términos, el entrenamiento puede llevarse a cabo, ya por la rehipnotización parcial del bruto, cada vez que deseemos

evidenciar su sumisión, ya imponiéndole por temor la tarea señalada como menor de los males; es posible, también, estimular su trabajo por medio de premios que recompensen su obediencia, según frecuentemente se procede con los carnívoros, e invariablemente con las focas. Los caballos, elefantes, perros, etc., encuentran suficiente estímulo en su propensión característica en el aprendizaje, ocurriendo a veces que un caballo, ya viejo, se anticipe a los propósitos de su jinete, ejecutando a su debido tiempo alguna hábil maniobra, por lo cual demuestra con evidencia su satisfacción; esta característica es muy señalada en las jacas.

En los primeros días del entrenamiento se presentan las mayores oportunidades para el uso de la voluntad como medio de reducir al animal a la obediencia. Este hecho es bien conocido de algunos mozos mejicanos que lo utilizan con pleno conocimiento de sus efectos. Mis experimentos acabaron en un hábito regular, y del mismo modo que había sometido a mis caballos volviéndoles en alto grado dóciles, intenté verificarlo con algunos pertenecientes a otros ranchos, salvajes algunos y otros muchos *outland* a quienes sus entrenadores consideraban imposible dominar, siendo hasta peligrosa su proximidad. Mientras todos se sometían, tarde o temprano, al gobierno de mi voluntad, el descubrimiento final vino accidentalmente. Tenía yo en un extenso corral cerca de sesenta caballos de todas edades, adiestrados en su mayoría; inmediato a él había un pequeño corral donde me hallaba yo un día experimentando sobre un caballo de tres años, al cual obligaba a mantener en alto una de sus patas, recorriendo de este modo el corralillo del centro a cada esquina en forma de doble ocho. Este caballo nunca había sido montado, pues aunque estaba ya habituado al cabestro, no había sido aún lo bastante sometido, por lo que se resistía furiosamente. De repente observé una yegua vieja que marchaba cojeando sobre tres patas, y para colmo de mi asombro ví poco después que dos caballos repetían el movimiento exactamente durante breves momentos (sólo unos cuantos pasos). Inmediatamente me dirigí a examinarlos, encontrándolos perfectamente bien, por lo que deduje que indudablemente estaban imitando vagamente los movimientos de mi potro.

Encerré entonces a los cuatro en el corralillo, sometiéndolos a diversos ejercicios que verificaron simultáneamente y con rara perfección, mientras yo concentraba mi atención en uno solo. Pensé si se trataría de una especie de infección mental, sin que respondiese a mis pruebas ningún otro caballo de la granja. Ultimamente designaba este grupo con la denominación de «asociación de conciencia». Cada grupo fué clasificado según se manifestaba, concluyendo por quedar agrupados todos.

Inmediatamente me dediqué a averiguar cuantos grupos había en la manada y el número de individuos de cada uno; éste varió de tres a doce por regla general, siendo algunos de ellos muy vagos en sus respuestas. Examinando superficialmente los demás animales de la granja, encontré que, en los dotados de un grado más pobre de sociabilidad, el grupo era invariablemente mayor, siendo sus individuos por término medio de 10 a 18, si bien entre los caballos nunca observé un grupo de más de diez y ocho.

Las pruebas a que los sometí fueron numerosas y extremadamente escrupulosas, sin que por ello se disociase nunca ningún grupo. Cada caballo sometido a prueba hipnótica influía solamente en los de su grupo, sin que el sexo y las relaciones de sangre afectasen en lo más mínimo a los resultados. Excepcionalmente observé una vez un grupo compuesto por una vieja yegua y su progenie de seis individuos. La mayoría de los potros se separaban de sus madres al ser destetados.

Las pruebas eran las siguientes: Ir a una esquina determinada y realizar algunos ejercicios; pasear en tres patas; describir ciertas figuras en sus paseos; pasear alrededor y por entre determinados árboles; permanecer en su rincón cuando toda la manada se había marchado a pacer; ir al establo mientras los demás corrían libres, etc. etc. La mejor prueba fué, sin duda, comprobar cómo acudían todos los de un grupo cuando sólo uno había sido solicitado y obligado a salir del establo durante la noche. Cuando necesitaba utilizar varios, me bastaba llamar a uno para que los demás acudiesen automáticamente; entre ganado salvaje fué esta, frecuentemente, la única prueba de su asociación grupal.

Idéntico resultado obtuve experimentando sobre algunos caballos salvajes de otros ranchos, que invariablemente dieron pruebas

de su sumisión. Uno de ellos, llamado «Duchess», de gran alzada y color gris oscuro, fué utilizado durante dos días para toda clase de trabajos. Kekuaiwa, el jefe de los entrenadores, no pudo menos de exclamar: «¡Qué potro más manso!—Y sin embargo, bien luchaba cuando lo saqué del corral». «Sí, dije yo, pero de seguro que no será usted capaz de ensillarlo y montarlo dentro de un par de horas». «¿Qué dice usted? ¡Si está completamente amansado!» «Apuesto veinticinco dólares» dije yo. Aceptó y, naturalmente, perdió, pues no consiguió ni ensillarlo. Malgastó tiempo y paciencia en la idea de que al fin lograría hacerle entrar en razón y sólo consiguió ensillarlo cuando le hubo atado las patas y vendado los ojos. El asombro de Kekuawia no tenía límites. «Usted es sin duda un *kahuna* (brujo)» decía, y lo ha enfurecido adrede.

Necesitó, sin embargo, dos días para calmarse y apaciguar su horror hacia la esclavitud forzosa. Gradualmente le fuí retirando mi influencia. En dos semanas estaba ya en condiciones de aprender rápida y normalmente, y dos años después me aseguraba el hijo de su dueño que era el mejor caballo de su rancho.

Otro, «Black Prince», a quien sometí igualmente, se dejó montar fácilmente por mí, obedeciendo la orden de aplicar su frente contra la palma de mi mano, todo ello verificado con plena conciencia de sus actos, sin embargo de responder éstos al mandato de mi voluntad; de este modo comprendió que no trataba yo de hacerle daño alguno, venciendo su anterior furiosa resistencia, de cuyas resultas había matado poco antes a su primer entrenador. Conmigo se mostró constantemente dócil y muy inteligente, siendo después una excelente jaca.

El ganado vacuno respondió a mis pruebas de idéntica manera, aunque era mucho más obtuso y refractario a la recepción de los mandatos mentales. El grupo mínimo anotado fué de 28 o 30, siendo por lo general de 50 o 60, y habiendo algunos que contaban con más de 100 cabezas. Algunos centenares de caballos y varios miles de reses vacunas constituyeron el material de mis experiencias.

En mi propio rancho, al igual que en otros varios, se dejaba al ganado en absoluta libertad en nuestras selvas tropicales, hasta donde era preciso buscar a los animales para capturarlos,

por lo cual temían a los hombres y se defendían denodadamente cuando se trataba de encerrarlos en algún corral. Siguiendo cuidadosamente a uno de ellos con la vista, logré al fin someterlo a mi arbitrio, obligándolo a pasear de arriba a bajo por un corral sólidamente construído ad hoc. El grupo entero se precipitó a seguirle, penetrando en el corral cual si éste no existiese. Una vez cerrada la puerta o trampa que hacía sus veces, disminuí la intensidad de mi influencia, ocurriendo que comenzaron a revolverse como buscando una salida por donde huir de aquel encierro, tan fácilmente aceptado momentos antes. La presencia inopinada de algún intruso malograba algunas veces el resultado de mis pruebas, si bien lograba después fácilmente rehacer el grupo.

Experimenté después la influencia a largas distancias, observando que las de dos o tres millas no parecían constituir un obstáculo notable. A distancias mayores era muy difícil verificar ninguna prueba, por no disponer de un gran terreno en condiciones que permitieran la fácil comprobación de los resultados.

A tres distintos tipos parecían responder las experiencias:

a). Cuando el individuo era influído tan sólo localmente, en una pata, por ejemplo, con objeto de sugerir una impresión dolorosa, o, por el contrario, de aliviar el dolor ocasionado por un accidente o cualquier otra causa, el grupo no daba señales de compartir tal influencia. Cuando alguno caía durante su captura o se lastimaba en algún modo, parecía no existir en los demás la mutual impresión característica del grupo.

Que el grupo de conciencia común no actuaba en el plano de la vitalidad, lo probaba la falta de respuesta a los estímulos dolorosos, tanto reales como imaginarios; por el hecho de que tan sólo cuando el sujeto estaba sometido por completo se producia el influjo de conciencia común; y, por último, por la circunstancia de no ser influído ninguno de los animales próximos al sujeto sometido a prueba, mientras sus compañeros de grupo permanecían distanciados.

b). Cuando el individuo no estaba hipnotizado por completo, tal como cuando paseaba o permanecia inmóvil, o bien se echaba, según el mandato recibido. Cuando, por ejemplo, pateaba sobre el suelo alternativa y regularmente, todos los demás de su grupo

comenzaban a imitarle, siendo la copia con mucha frecuencia, mucho más neta que el propio original. Era necesario siempre un bien definido intervalo de tiempo para transferir la orden de la mente y cerebro de un caballo a los de otros, no siendo en ningún caso una respuesta tan clara y rápida como en el sujeto humano. Si el cambio de prueba era demasiado brusco, la respuesta del grupo era muy vaga, faltando a veces por completo.

c) Pero si la hipnosis era completa de modo tal que la atención no pudiese ser divertida por ninguna impresión externa y la vigilancia de sus movimientos era firme, sostenida y contínua, se llegaba al tercer estado. Era necesaria mucha paciencia para observar lentamente algunas series, pero sólo de ese modo se manifestaba en toda su plenitud la «asociación de conciencia». Se necesitaban frecuentemente algo más de cinco minutos para llegar a tal resultado, aunque con algún grupo reducido de caballos inteligentes fuese suficiente algo menos. Algunas ideas, como la de pasear circularmente, se insinuaban con facilidad. Hacerlo en figura de doble ocho o volverse hacia la izquierda era extremadamente difícil. Cualquier grito o movimiento bastaban a distraer la atención del grupo aun cuando no lograse afectar al sujeto. Un caballo dócil de un grupo puede influir fácilmente sobre uno salvaje compeliéndolo a la mansedumbre.

La prueba era suficientemente terminante y clara cuando el grupo repetía las pruebas sin estar a la vista ni el sujeto ni el experimentador. De este modo obtuve algunas pruebas muy interesantes, colocando el grupo a algunos centenares de yardas, bajo la vigilancia de un observador encargado de anotar los movimientos del grupo, que repitió exactamente todo un largo programa preparado de antemano, aunque desconocido por el observador. Hipnotizando un caballo domado de un grupo, otro, salvaje, se volvió completamente sumiso y razonable, siendo fácilmente manejado por un entrenador ignorante del experimento. Cuando ya el potro parecía completamente tranquilizado, al cabo de dos o tres días, se le dejó en libertad cuando su grupo estaba libre de influencia, sucediendo que estaba realmente diez veces más salvaje que antes, resistiendo y luchando como si acabase de ser capturado por primera vez. Cuando uno o dos individuos de

un grupo salvaje se encuentran parcialmente domados, pudiendo utilizarlos para diversos propósitos, la doma y entrenamiento de otro del mismo grupo a quien se maneja por primera vez, aclara la relación de simpatía con los primeros mencionados.

No tuve pruebas de que los individuos presentes en un grupo fuesen sus únicos constituyentes. Los miembros de un mismo grupo podían hallarse con frecuencia separados por grandes distancias, sin que se encontrasen necesariamente en el mismo rancho, ocurriendo a veces que se mostraban en apariencia aislados totalmente. Observé una vez que en una banda de catorce se hallaban mezclados individuos pertenecientes a tres distintos grupos. Siendo en cierta ocasión necesario someter tres individuos mediante concentración enfocada a sus cerebros, pareció como si el pensamiento hubiera cristalizado en la conciencia de uno de ellos. Pertenecían a ranchos diferentes, juzgándose por todos imposible su captura, dada su habilidad para ocultarse entre los bosques, refugio seguro en que burlaban la persecución de los entrenadores; sin embargo bastó una hora y cuarto para que, descubierto el primero, volviesen los demás a sus corrales respectivos.

Nadie ignora que se puede hipnotizar un gran número de personas una tras otra, imponiendo a cada una determinada sugesgestión; ahora bien, esto es igualmente posible con animales, si bien es suficiente sugestionar a uno solo para que cuatro o más, o acaso un centenar de ellos, repitan sus acciones con entera exactitud. Repetidos experimentos parecen, pues, demostrar que su plano de unión es el de la mente.

En ciertos casos fué necesaria gran sangre fría. Habíamos acorralado una vez un toro de gran tamaño, a quien tratábamos de separar de los demás. Kekuaiwa entró a caballo en el corral con objeto de abrir otra puerta, pero instantáneamente se vió obligado a huir para salvar la vida; yo, entonces, abrí la puerta volviendo a cerrarla con violencia trás él; el toro, entonces, retrocedió y yo me dirigí al centro del corral mientras pensaba intensamente: «Yo no soy tu enemigo».

A los pocos instantes penetró nuevamente en el corral el jefe de los entrenadores, avanzando hacia mí mientras decía: «Eso puede hacerse por el valor y yo soy, sin duda, tan valiente como

usted»; pero el toro arremetió furiosamente contra él, y sólo pudo escapar con vida de aquel trance a la rapidez con que se encaramó a la empalizada; el toro se detuvo un momento junto al obstáculo, y, después, volviéndose y resoplando, vino derechamente hacia mí. Yo sabía ya que jamás se decidiría a embestir contra un objeto inmóvil, por lo que permanecí sin pestañear y sin distraerme de mi concentración; acercóse lentamente comenzando a dar vueltas al rededor de mí sin que le mostrase yo la más insignificante señal de temor, por último, resopló fuertemente hacia mi y se volvió tranquilamente junto a sus compañeros. Yo me dirigí lentamente a la salida, mientras Kekuaiwa comentaba: «*¡Kakuna!*»

Publicado en «The Theosophist» de Diciembre 1920 y traducido por Mimas.



CANTO A LA PAZ

Yo no quiero cantar de los guerreros
el intrépido valor y la hidalguía,
cuando lanzan al aire los aceros
haciendo extremecer hasta la fría
estátua de los mármoles severos,
que tiemblan al mirar su mano impía.
Yo que adoro del alma su soláz,
pulsar quiero mi lira por la paz.

Yo el eco quiero ser de tu voz pura
que resuene vibrante por doquier;
Plectro de oro que alabe tu dulzura
en plácidos cantares, y entrever
nos haga a tu angélica hermosura,
más bella que las fuentes del placer.
¡De tu nombre resuene el dulce son,
sembrando por doquier la redención!

Emblema del amor y dulce encanto
que atraes, con placer, las almas bellas,
apagando el dolor de su quebranto
y olvidando las míseras querellas
para hacer cambiar su triste llanto
en la dicha sin fin que tu destellas.
Tú eres el bien, la dicha y el consuelo,
que nos haces gozar, aquí, de un cielo.

¡Oh Paz sublime! Manantial grandioso
do nacen albas aguas cristalinas,
que saltan por un cauce deleitoso
rebosantes de perlas azulinas,
que se quiebran en cántico armonioso
desgranándose en notas argentinas.
Sin tí, la vida es huracán que espanta;
contigo es el Edén, que nos encanta.

Tú eres el bien sin viles ambiciones,
que el odio y la maldad esterilizas,
sumiendo en puro amor los corazones.
Con tus goces las almas divinizas
apagando el fragor de sus pasiones
donde enantes sufrían enfermizas.
Tú habitas el jardín de bellas flores,
do moran armoniosos ruiseñores.

Estrella de los cielos desprendida
que al hombre presta luz en su camino,
conduciendo los pasos de su vida
hacia el cielo riente y nacarino;
tú calmas el dolor de nuestra herida
y alientas en su marcha al peregrino,
sembrando por doquier la caridad,
de do nace la flor: Felicidad.

Ya el dia que al humano corazón
inunden tus efluvios prodigiosos,
de amor universal grata canción
lanzarán con arpegios armoniosos
los hombres, que llorando de emoción
a Dios conocerán al ser dichosos.
Y embriagados de amor entre sus brazos,
las armas romperán hechas pedazos.

No habrá luchas ni guerras homicidas
do se matan cual fieras los hermanos
revueltas sus pasiones corrompidas.
Sin odios ni rencores africanos
vivirán las naciones siempre unidas
sin fronteras, sin parias ni tiranos.
Amor universal habrá tan sólo,
exento de maldad, miseria y dolo.

Las almas al deber irán gozosas
cumpliendo, con afán, su cometido,
cual cúmplenlo las flores aromosas
embriagando el olfático sentido,
cual nítidas palomas que amorosas
arrullan a sus hijos en su nido.
No concibo que sólo la criatura
sea un ser imperfecto en la Natura.

Si sólo tú le faltas al humano
porque sea feliz cual niño en cuna,
ven pronto ¡Oh Paz! y tómale la mano
conduciéndole al bien, a la fortuna,
que hallará en el tranquilo amor de hermano
saturado en tu luz cual blanca luna.
Tu eres destello del amor divino
que inundas de placer nuestro camino.

FRANCISCO SEBASTIAN BONAFÉ.



VENUS EN LA BALANZA

SU PASO DEL ASPECTO INFERIOR AL SUPERIOR

(Visión astrológica de M. D.)

I. Veo un Océano de nubes blancas como la nieve, semejantes a ondas elásticas de rítimico movimiento. En la superficie de espuma hay un cuerpo femenino, casto y desnudo, de líneas perfectas, sin curvas demasiado acentuadas, que se deja mecer con negligencia, como si estuviese en una barquilla. Así se distrae Venus, que parece disfrutar de una satisfacción sin igual. De vez en cuando, golpea tímidamente con su pié la superficie movible, o deja emerger de las ondas un hombro de alabastro.

Todos los movimientos de la Diosa, todos sus gestos, tienen una cadencia maravillosa. La Belleza y la Armonía han acudido a esa atmósfera de paz, y radiantes, prestan generosamente su precioso concurso...

—

II. Venus parece oir un nuevo canto, procedente de un mundo aún desconocido. Aparece ahora sorprendida de estar rodeada de tantos encantos, aunque duda de si serán sencillamente una emanación de su belleza no igualada.

Por momentos, su cuello de nácar, coronado por su cabeza, aún más resplandeciente, oscila con lentitud; su rostro, hasta entonces bañado amorosamente por la ola, aparece al fin y se hace visible en sus detalles.

El busto sale a medias de las ondas; se inclina, flexiona para permitir a la Diosa que busque más cómodamente la fuente de la melodía nueva. El murmullo brujo del mar se hace también insinuante; y su efecto conmociona a Venus, de piés a cabeza.

Venus se deja invadir por dulce melancolía; los halagos inferiores, muy poderosos, ejercen sobre ella su acción disolvente. ¿Va a desfallecer quizás en su misión?

No. La Hija de los Dioses ha reaccionado. El amor del Debér ha vencido. Con vivo revés de su mano, echa hacia atrás sus fríos cabellos de oro; y ahora, apaciguada y ligera, sometida voluntariamente al Destino, se deja caer sobre su lecho de nubes, y se duerme...

Sueña la Bella. En su sueño, sonríe a los jóvenes dioses, llenos de malicia, o balbucea como un niño. A veces levanta el brazo derecho, y con un gesto lleno de abandono, lo extiende en la dirección del lejano espacio.

Seducida de nuevo por el hechizo musical de la nube en que reposa, se estira muellemente para mejor recibir y gustar de sus caricias. Pero pronto este placer no es el único para ella. El canto dulce y melodioso, cuyo recuerdo la sugestiona, la conmueve profundamente.

Con movimiento indescriptible e imaginable de todo su Sér, se yergue, llena de energía. Su faz fresca se anima; e implora con pasión, mientras su mirada azul, tan pura, perdida en lontananza, parece buscar... ¿Dónde?, ¿dónde!, ¿dónde?...,.

—

III. Con paso decidido, majestuoso y noble, sale Venus de las ondas nubosas, como en otro tiempo salió del Océano.

Las olas modulan sin cesar su canción llena de misterio; pero la Diosa ya no oye nada. Su cuerpo se yergue de nuevo, se afina, se hace vaporoso, casi invisible. Pronto se eleva hasta el punto de que la punta de su pié roza sólo suavemente la curva de la nube más alta.

Con un esfuerzo último, transfigurada, sutilizada, y por este motivo con apariencia de ser aún más grande, Venus se lanza hacia el Cielo, que resplandece sobre su cabeza. Sube, sube, sube.....

Entonces en un punto de su cuerpo, (hacia el corazón sin duda), surge un torbellino que se despliega y se extiende. Allí se refleja y aparece la cabeza de un niño que de allí brota y desde allí irradia. El nuevo sér se precisa, sus piés se identifican con los de la Diosa, el cuerpo adquiere rápidamente proporciones imponentes; y Apolo aparece en toda su prodigiosa estatura!

—

Representada bajo los aspectos que hemos descrito, Venus es a la vez la Virgen en pié sobre las olas, triunfante, (la Inmaculada Concepción de la religión cristiana), y la Diosa que vuelve a ocupar su puesto en su Cielo.

NOTICIAS

Ha quedado constituida en Bogotá (Colombia), la Rama Teosófica *Arco Iris,* nombrando, para el primer año de sus actuaciones, la siguiente Directiva:

Presidente: D. Ramón Martínez R.
Vice-presidente: Mr. Bernardo W. Shw.
Tesorero: Srta. Zoila Rosa Hoyos.
Bibliotecario: D. Florentino Pérez.
Secretario: D. Misael Collantes.

Felicitamos muy de veras a nuestros entusiastas hermanos de aquel lejano país, particularmente a su iniciador incansable el señor Martínez R. y hacemos votos para que la labor que realicen esté a la altura de la honrosa y nada fácil misión que la Ley les ha confiado, cual es la de iniciar en Colombia el movimiento teosófico en forma que la conciencia pública lo considere con el mayor respeto posible y sea su hálito espiritual luz diáfana para conducir a las Almas preparadas hacia derroteros de fecunda fraternidad social.

***

Desde Febrero pasado, todos los domingos, a las 10 y media, se dice la misa de la Iglesia Católica Liberal, en la iglesia de St-Denis, 96, Boulevard Auguste Blanqui, París.

Imprenta de Juan Sallent - San Quírico, 32 y Jovellanos, 24 al 28 - Sabadell